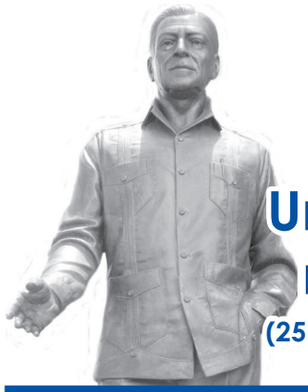
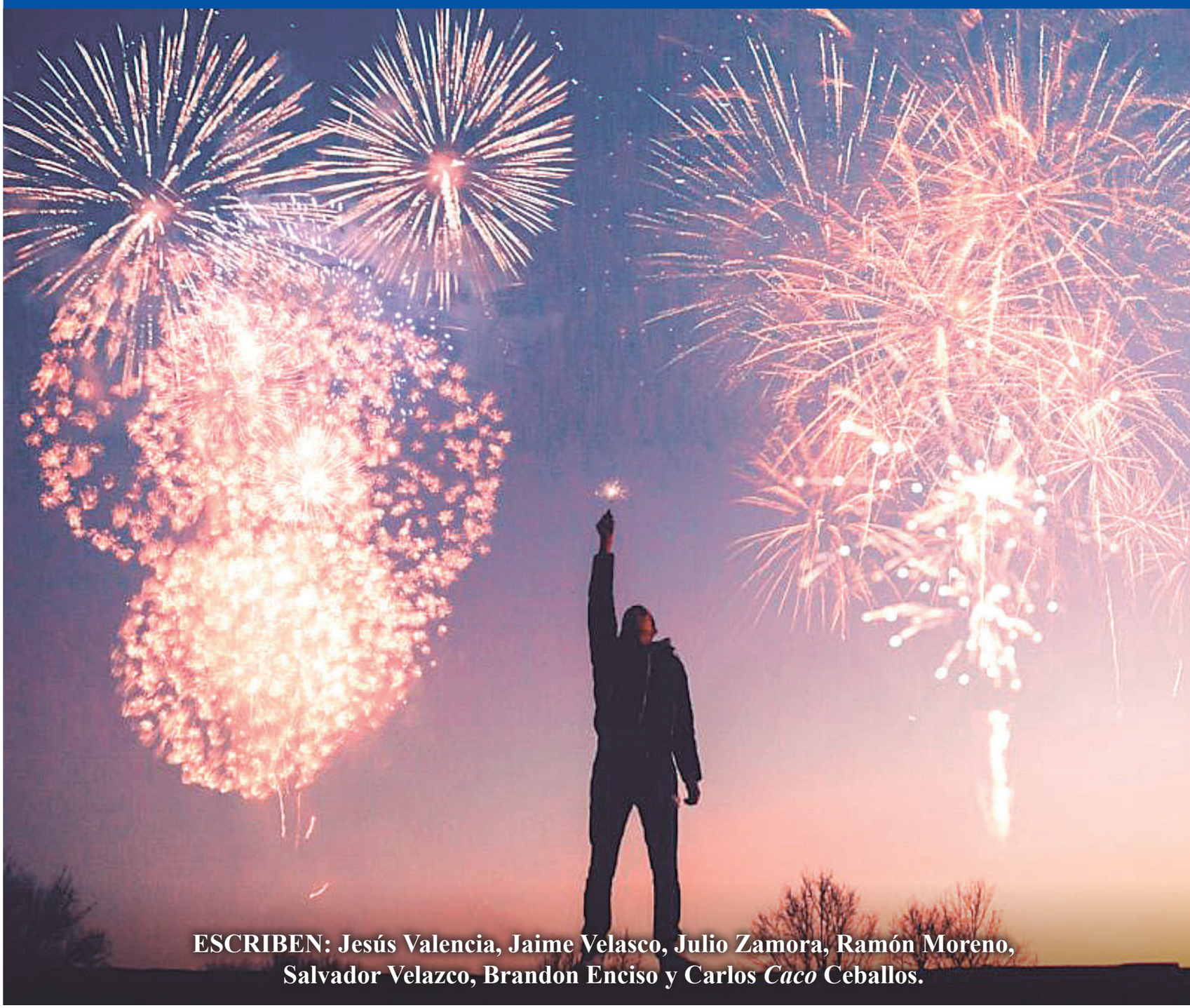


Una Navidad romántica

(25 de diciembre de 1955)

PLAZA CULTURAL DE
DIARIO DE COLIMA

Ágora



ESCRIBEN: Jesús Valencia, Jaime Velasco, Julio Zamora, Ramón Moreno, Salvador Velazco, Brandon Enciso y Carlos *Caco* Ceballos.

Juan Macedo López: *Un mexicano en Minnesota*

Jesús Adín Valencia

La pléyade Macedo López dispuso en don Juan, nacido en Tomatlán allá por el año de 1910, el fulgor de *cronista lírico de Colima*. La denominación fue marcada en la historia de nuestra literatura regional a partir de una entrevista que le hiciera en 1985 Alfredo Montaño Hurtado para el **Diario de Colima**.

El cronista lírico de Colima, entre 1984 y 1990, a partir de los setenta y cuatro años –madurado el oficio– publicó cuatro libros que dan cuenta del mantra poético palpable en sus colaboraciones durante más de sesenta años en el *Ecos de la Costa*, donde en ocasiones usó los seudónimos de *Procopio* y *Gonzalo de la Selva*. Tres años después de la entrevista de Montaño, en verano del '88 emprendió un viaje de auténtico placer. Fue a Minnesota, EEUU, a pasar unos días con su hija Patricia, Jorge González (el esposo), y tres nietos adorados: Jorge, Patricia y Mario.

Durante su estancia en el norte, un total de quince crónicas breves fueron enviadas por fax al periódico de manera asidua entre julio y agosto. Este 2020, gracias a la investigación documental de Enrique Ceballos, editor de Tierra de Letras, es posible divulgar la obra guardada en hemerotecas para alcanzar a un mayor número de lectores dentro y fuera de Colima, 32 años después.

En 2016, como parte de la serie Centenarios de escritores que ofrece Tierra de Letras, *Peregrino de la nostalgia* vio la luz como un libro extenso para ahondar en la obra de Juan Macedo, que también prefigura una forma de revestimiento biográfico gracias a la pluma de Jorge Vega, Rubén Carrillo Ruiz, Manuel Delgado Castro, Ismael Aguayo Figueroa, Gregorio Macedo López, Gabriel de la Mora, Gloria Vergara y Ada Aurora Sánchez.

El narrador no recurre al uso de anglicismos, el *spanglish* es nulo como recurso porque no corresponde a la voz narrativa que preconiza en todo momento el idioma. Se agradece la colaboración de la escritora Susan J. Alexis, originaria de Saint Peter, Minnesota, para la revisión perita en el uso de topónimos, antropónimos y referencias de la región anglosajona. Las notas del editor esclarecen algunas coyunturas literarias, además de precisiones quizá omitidas en cuanto a flora, fauna y de tipo geográficas. Por su parte, Javier Bravo, en el prólogo, anuncia la semejanza entre el viaje y la lectura desde las primeras líneas de Macedo, invitándonos al asiento contiguo del avión, junto a él *en el presente de un suceso ya pretérito*.

Con el mismo encanto de los ojos que descubren por primera vez el mundo, *Un mexicano en Minnesota* se emociona y entusiasma sin extrañezas excesivas ante un sinfín de postales ofrecidas por aquel país: observa lo *polidáctilo* del río Mississippi; conoce la majestuosidad del *loon*, ave que en 1961 fuera declarada símbolo estatal; a detalle, dice cómo funcionan los hospitales y clínicas, con el número exacto de médicos en activo; así cuenta la capacidad precisa de ocupantes dentro del autobús escolar. En algún restaurante detalla el costo de los alimentos donde aprovecha para dejar en claro su rechazo a la comida rápida. Añora de la comida mexicana. El Taco Bell, por ejemplo, *nos es más que una adulteración del auténtico y sabroso taco mexicano*.

Conocemos lagos, el clima, las costumbres, religiones, cultura en general; precisa la estructura –por ley– de las viviendas, con su sótano; habla de la historia sombría trazada por la colonización del May Flower, con el expansionismo de los peregrinos basado en el exterminio de tribus nativas. Describe particularidades raciales sin la insinuación de estereotipos, sólo la fisonomía de propios y extraños, aunque sí mantiene al tanto de manifestaciones de racismo en determinadas zonas, principalmente en alusión a camboyanos y vietnamitas.

Dejado al placer de los sentidos, cuando aminora intensidad el sol, comparte la delicia de un paseo vespertino en familia, por la ciudad, atento a la risa de las muchachas transeúntes; o por el campo, ante la pradera infinita, el maple despunta y al verlo de cerca es muy parecido al sauce de Sinaloa, de Colima y de Jalisco, *pero no lo es*.

Cuando usted, potencial lector o lectora de *Un mexicano en Minnesota,* lea el episodio de asombro de Juan Macedo López al interactuar con una computadora, seguro sonreirá igual que yo. Su yerno Jorge, quien labora en la empresa de tecnología IBM, inserta lo que pudo haber sido un disco de 5 ¼ o disquete de 3 ½ y casi de inmediato proyecta en la pantalla figuras simétricas en movimiento. Ante los ojos del poeta estalla: (…) *sí, una cascada de luz, de pictogramas que de pronto son triángulos escalenos, o isósceles en una geometría que ofrece tupidas redes tejidas con agujas misteriosas, que trasvasan músicas con tiempos de minué o algo que puede ser de Bach o de un oscuro trovador del medioevo*.

Se observan quince crónicas. Juan Macedo López las determinó con el carácter de reportaje: (…) *Lo que he escrito es un simple reportaje y no un ensayo sociológico*. Entendido, por entregas. *Un mexicano en Minnesota* es un libro breve de 67 páginas que complementa la cualidad del espectador que otea el pasado para explicar el presente o sólo se dedica a describir estampas de lo urbano o de lo rural; atiende el momento, sin la distracción de qué vendrá después. *Un mexicano en Minnesota* describe al concurrente de una vida que sabe cómo testimoniarla en expresiones idílicas; vemos al cronista lírico más allá de toda línea divisoria.

Jonás en sintonía *Da Vinci*

Jaime Velasco

A Camila, mi ahijada

Jonás llevó consigo diez libros a su hogar angelino para ser leídos a lo largo de 2020. Uno de ellos, *Leonardo y Maquiavelo* de Patrick Boucheron, cautivó su atención y lo incitó a probar suerte en áreas poco exploradas. Y es que Leonardo supo sacar provecho en toda ocasión, en la guerra, en la paz. Eso desencajaba a Jonás, quien si bien tenía algunos talentos, lejos estaba de sentirse útil en estos tiempos de dura pandemia. Así fue que se propuso sacar la mayor ventaja haciendo aquellas cosas que lo atraían pero que no eran lo suyo, y que por falta de tiempo siempre quedaban marginadas.

Fue así que retomó su fase de músico frustrado y dedicó horas al estudio de la flauta transversal. Y entonces pensó en hacer un dueto con su ahijada Camila, quien cuenta con once años pero que ya tenía varios años de estudios formales de piano. De manera que Jonás armó un calendario de seis sesiones, los miércoles a las seis de la tarde, en casa de los papás de Camila y Anabella, su hermana menor. La idea era tocar de sorpresa un par de temas en la celebración de Thanksgiving. Jonás seleccionó el *Tema de amor de Romeo y Julieta*. Camila seleccionó *Imagine* de Lennon, ya que era una de las preferidas de su papá. Para el segundo tema, Jonás optó por tocar la flauta dulce, ya que aún no podía sacar la escala de los tonos agudos en la flauta traversa.

Llegó el día esperado. En la casa materna se congregó parte de la familia porque las reuniones debían mantener un rango limitado. Los invitados tuvieron que hacerse la prueba (de Covid-19) días antes de la celebración, para así disfrutar la rica cena y el acto sorpresa del dúo de piano y flauta. Todos salieron negativos al virus en cuestión. Es preciso hacer mención de que también ese día, jueves 26, Jonás tenía que presentar un libro de cuentos de su galardonado amigo y escritor Alfonso Castillo, en transmisión en vivo con la plataforma oficial de la Secretaría de Cultura de Colima. De manera que Jonás tuvo un día movidito. Gracias a la diferencia de horarios todo quedó bien cuadrado. A las seis de la tarde la presentación del libro, a las ocho la Cena de Acción de Gracias, y a las nueve y media el acto musical.

Jonás se sirvió una copa de sangría y se encerró en su cuarto para sincronizar su móvil con la plataforma de moda en estos tiempos de pura virtualidad. La presentación fluyó sin pormenores. Un poco antes de las ocho de la noche, Jonás bajó a la sala y el ambiente era animoso. La cena fue servida conforme al plan, y sobra decir que todo estaba muy rico. El menú fue acordado días antes y se repartieron las comisiones. Sin embargo, así lo declararon los comensales, el platillo más sabroso sin duda fue el *meatloaf*, preparado por la cocinera estrella y jerarca de la familia, doña Bertha. Los aplausos se prolongaron para rendirle los merecidos honores.

Llegó entonces el turno de la velada musical. Jonás colocó una base metálica para apoyar el *keyboard* de Camila. Se movieron algunas sillas para la audiencia y se dejaron luces tenues para arropar al dúo de flauta y piano. Camila se sintió un tanto nerviosa, Jonás le dijo al oído: -Ayer tuvimos un buen ensayo. Los nervios son buenos-. Y en efecto, Camila se desplazó perfecto sobre las notas haciendo modulaciones de volumen que sorprendieron a los presentes. Claro, ya habían escuchado a Camila en otras ocasiones, pero estas melodías llenaron sus corazones de emoción y alegría.

Jonás tomó dos retratos dispuestos en los muros de la sala: uno de su mamá, cuando contaba con dieciséis abriles; otro de su padre, cercano a los treinta. Y sin ninguna pretensión, Jonás dejó deslizar la punta del lápiz hasta configurar ciertos parecidos con los modelos.

* * *

Con la entrada del otoño Jonás se propuso cultivar la mente y el cuerpo. Tanto Leonardo como Nicolás lo habían motivado para ello. Así se dispuso a trotar y caminar por media hora diaria -excepto los domingos- en el patio amplio de la casa. Luego de la comida, Jonás dispuso de dos horas para dibujar -en un cuaderno propio para tal desempeño- cuatro días a la semana. Primero bocetos de nubes, árboles y animales, a puro lápiz. Después, jugar con gises pastel para acuarela. Y así, llegar a dibujar rostros, los más entrañables. Jonás tomó dos retratos dispuestos en los muros de la sala: uno de su mamá, cuando contaba con dieciséis abriles; otro de su padre, cercano a los treinta. Y sin ninguna pretensión, Jonás dejó deslizar la punta del lápiz hasta configurar ciertos parecidos con los modelos. Sabía que no lo lograría del todo. No era importante. El móvil dejaba sonar canciones de Edith Piaf, Charles Aznavour, Ella Fitzgerald, Nicola Di Bari, Joan Manuel Serrat, Amália Rodrigues, Carlos Gardel...

A principios de diciembre Jonás seleccionó una *selfie* que había tomado el jueves del recital, y dispuso lápices, gises y una goma de borrar. Entonces se autorretrató. Allí cayó en la cuenta del porqué los autorretratos son tan valorados en el mundo del arte. Al final de cuentas Jonás sacaba provecho de su estancia en la ciudad angelina, sintiéndose contemporáneo de los renacentistas, y eso lo mantenía sano y salvo del interminable encierro pandémico...

VIÑETAS DE LA PROVINCIA

Una Navidad romántica

Don Manuel Sánchez Silva

(25 de diciembre de 1955)

En los primeros días de diciembre de 1920 -era yo un adolescente- mi madre me obsequió un impermeable inglés, adquirido en la tienda de don Daniel Inda, quien, por simpatía amistosa a la autora de mis días y por realizar una mercancía fuera de estación, se lo ofreció a precio de costo.

Era dicha prenda de un discreto color verde oliva, de fino tejido de algodón, tramado de seda y con forro interior de tela ahulada. Sobre todo, "tenía capucha y cinturón", aditamentos que yo solamente había visto en el cine, usados por los artistas de aquellas tremebundas películas de misterio, inspiradas siempre en las aventuras del "muchacho" típicamente norteamericano, que después de burlar durante 16 episodios y 32 partes los peligros y emboscadas del villano profesional acababa por llevarse el tesoro en disputa... y a la "muchacha" protagonista.

Me sentí feliz con mi impermeable, como tal vez no lo había sido hasta entonces. Colocado frente al espejo de la sala, contemplé mi figura juvenil enfundada en aquella vestimenta, irreprochablemente confeccionada en la ciudad de las nieblas y de las elegancias masculinas, y me di gusto acomodándome la capucha sobre el sombrero, hasta encontrar la posición más adecuada y más británica.

Sin embargo, algo enturbió bien pronto mi dicha: corría diciembre, mes en el que no llueve, y por lo tanto carecía de pretexto indispensable para salir a la calle, luciendo el impermeable puesto o al menos doblado sobre un brazo, con displicente dejadez, previamente estudiada. ¿Por qué diablos no lloverá en diciembre?, me preguntaba realmente indignado contra el orden natural de las estaciones...

Pero el niño Dios -al fin niño-, condolido tal vez del drama de pueril vanidad que se desarrollaba en el interior de un muchacho ansioso, que sufría por no tener ocasión de estrenar su impermeable, le dio oportunidad de hacerlo. El día 24 amaneció nublado y frío, lloviznó en la tarde y a la hora de la cena se desató un aguacero. Con el bocado en la boca me levanté de la mesa, me puse el impermeable, me calé la espectacular capucha, naturalmente frente al espejo, y salí a la calle. ¿Cómo iba a desaprovechar aquella intempestiva lluvia, que era el mejor de los regalos de navidad?

Me dirigí a la plaza principal, a paso lento y con las manos en los bolsillos, disfrutando la sensación de frescura producida por el agua que caía a torrentes sobre mi persona alborozada, y, aun cuando el chaparrón decreció en intensidad, al grado de que al llegar al jardín ya no llovía una gota, me di por satisfecho. ¡Había estrenado mi impermeable!

Hallábame solo en la plaza e indeciso entre retirarme a mi domicilio o esperar la posibilidad de que se reanudara la lluvia, cuando vi venir a tres personas: don Manuel Brust, viejo amigo de mi padre, que me distinguía con su afecto; el doctor Arturo Plaza, médico homeópata; y el señor Alfonso Cañedo, originario de Guadalajara y miembro de la aristocrática familia tapatía.

Don Manuel me invitó a que los acompañara. Andaban los tres amigos en plan de desvelarse amablemente y, como yo no deseaba otra cosa, me sumé al grupo. Entramos a "El Paraíso", un casino decente que don Juan Zenizo había establecido en el portal Medellín, y el señor Cañedo pidió coñac para todos. Luego otra copa y otra... a la cuarta, empezó a recitar versos. Hombre culto, sensitivo y de temperamento artístico, declamaba con emotividad contagiosa y cautivante. Los demás lo escuchábamos con atención prendida a sus labios.

Dijo, entre otros, un poema decadente que, en mi juvenil inexperiencia de provinciano, me pareció extraordinariamente expresivo y bello. Al terminar me atreví a suplicarle:

–¡Qué hermosos versos! ¿Sería tan amable de volver a declamarlos?...

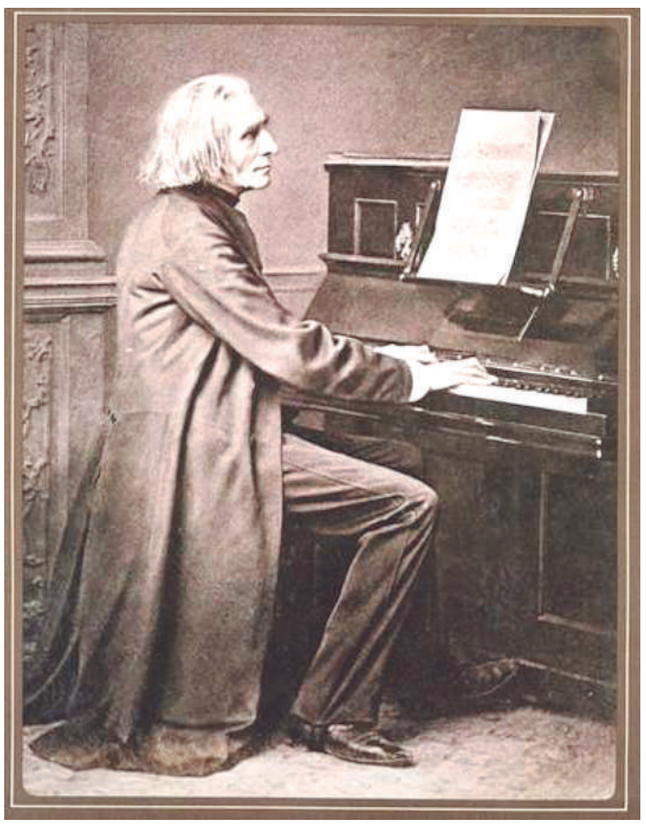
Lo hizo halagado y fue tan onda la impresión producida, que los memoricé con solo oírlos esas dos veces seguidas. No recuerdo su autor, que era un poeta suresteño, pero el poema es así:

"¡Cuán hermosa es la muerte exuberante!,
su palidez, sobre la loza brilla,
yo la contemplo pálido y jadeante
y tiembla entre mis manos la cuchilla.
El profesor, que la ocasión bendice
de transmitir su ciencia de galeno,
a mí se acerca y con fruición me dice:
–Hágale usted la amputación al seno...
Yo, que siempre guardé por la belleza
fanatismos de pobre enamorado,
–Perdóname -le dije con tristeza-
Pues esa operación se me ha olvidado.
Se burlaron de mí los compañeros,
halló una falla mi corazón concisa,
vi en la faz del maestro surcos fieros,
y en la faz de la muerte, una sonrisa..."

Había en El Paraíso un piano vertical, donde todos los domingos tocaba el "Chato Zamora", para deleite de los parroquianos. Lo vio el señor Cañedo y se sentó en el taburete, dejando deslizar sus manos sobre el teclado, con maestría y gusto. Y completamente abstraído del mundo exterior, se ofreció a sí mismo, más que a nosotros, un programa chopinesco. Fuera, en la calle, se reanudó la lluvia, que indiferente miraba yo caer, neutralizados los prestigios de mi impermeable por aquella música delicada y aristócrata.

Amanecía cuando nos despedimos, y me dirigí a mi casa saboreando el canto de aquella navidad extraña y romántica, en que un impermeable, en curiosa conjunción con las inopinadas aguanieves y un elegante, otoñal y refinado, me proporcionaron mi primera desvelada.

** Periodista, escritor y fundador de* **Diario de Colima**.†



Había en El Paraíso un piano vertical, donde todos los domingos tocaba el "Chato Zamora", para deleite de los parroquianos. Lo vio el señor Cañedo y se sentó en el taburete, dejando deslizar sus manos sobre el teclado, con maestría y gusto. Y completamente abstraído del mundo exterior, se ofreció a sí mismo, más que a nosotros, un programa chopinesco.

La luz de 2021

Julio César Zamora

Para Yuni y Brana

El pasado 16 de diciembre se cumplieron 250 años del natalicio de Ludwig van Beethoven, a quien dedicamos una edición especial en Ágora a principios de este aciago 2020, cuando aún en México no sabíamos nada sobre la terrible pandemia que ya traspasaba fronteras. También en este mes que está a punto de fenecer, se cumplen 40 años sin John Lennon (y 80 de su nacimiento), otro compositor que ha trascendido en todos los rincones de la Tierra. De ambos genios reconocemos su fascinante legado musical, y en esa notoriedad su imagen en las decenas de estampas que se han difundido de sus rostros como pop art. Del primero, con un gesto adusto, casi malhumorado; del segundo, un semblante serio, casi preocupado. Como si la expresión fuera un reflejo del rigor con que asumieron la creación artística. Es lo de menos. Por su música, al igual que la de otros tantos, es la reina de las artes.

Grandes como Manuel Felguérez, Ennio Morricone, Óscar Chávez, Eddie Van Halen, Little Richard, Quino, Kenny Rogers, Sean Connery, Lennie Niehaus, Kirk Douglas, entre otros artistas, se han ido a lo largo de este 2020, un año funesto, marcado por la mortalidad catastrófica que ha provocado el enemigo invisible. Un réquiem para todos ellos, por la luz que han arrojado al mundo a través del arte y que nos han permitido avizorar mejores tiempos. Como dijo el escritor Juan Villoro sobre la cuarentena, "nuestra resistencia ha sido lo cultural". No sólo se ha tratado de la necesidad material, "sobrevivimos por pensar, distraernos, no caer en la locura, leyendo poemas (...) el arte lo necesitamos para soportar el peso de la realidad, un ser humano se define integralmente también por la parte emocional, no sólo económica".

Nunca creímos que alguna vez la convivencia resultaría tan peligrosa, que abrazar y besar a las personas que amamos fuera un riesgo mortal. Por ello la pandemia y el confinamiento nos ha hecho caer en la cuenta que las vivencias más sencillas, como lo cotidiano, son las fundamentales: jugar con tus hijos, ver la sonrisa de tu mujer, cocinar en familia, saludar a nuestros mayores, contemplar la puesta del sol, disfrutar de un vino, leer un libro, son de las mejores alegrías de vivir. Revalorar la vida y a quienes todavía nos rodean, cuidarlos y amarlos. Aun para quienes hemos tenido que salir a trabajar, protegernos es primordial porque la esperanza siempre ha sido volver a casa. Solos o en compañía, el privilegio es vivir. Como dijo *Mafalda*: la mejor edad es estar vivos.

Desde estas últimas líneas que escribo para Ágora en este año sombrío, confieso que he recibido la mejor noticia de mi vida en voz de la mujer que amo, una luz que se esparce y vence toda oscuridad: un ser latiente ha crecido en su interior, nuestra anhelada esperanza de enero llamada Zazil.

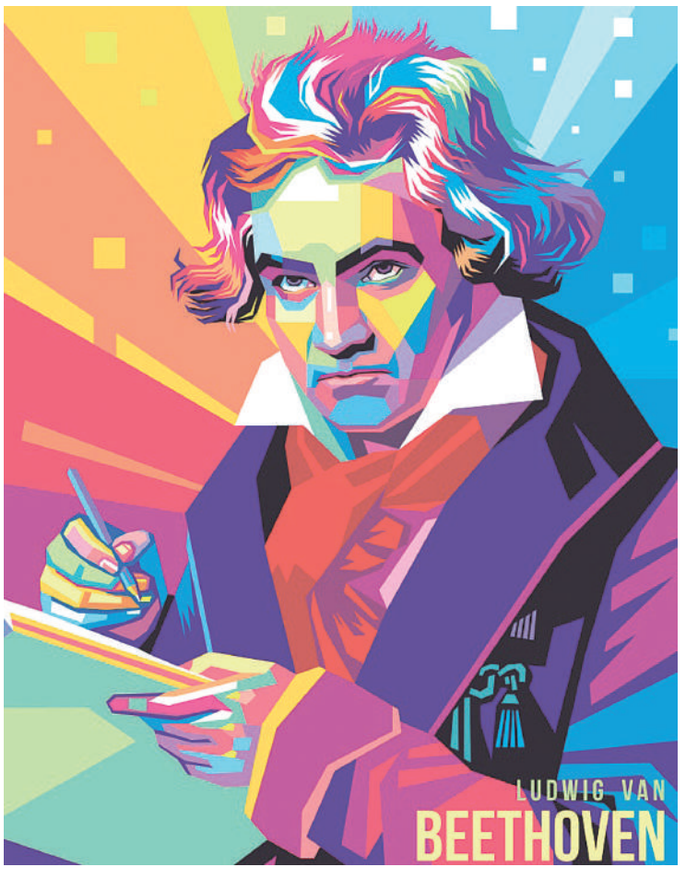
Desde marzo hasta hoy, no hago otra cosa que pensar en ella, en imaginar su sonrisa. Escribo y me invade una sensación luminosa vienen a mí como una cascada los sonidos de un piano que subliman los días y las noches, una sonata fantástica con su nombre.

Yuni y yo pasamos horas en la habitación, a veces leyendo, viendo alguna serie o, las más, muy amorosos sin saber lo que ocurre afuera, pero el momento más esplendoroso cuando estamos juntos es al sentir los movimientos de Zazil. Nos hace reír cuando da pataditas o desliza sus pies con un trazo abstracto. Le hablo: si dibujara tu nombre, sería una escena marina, ese bello momento que el mar despliega sobre la arena su agua más cristalina. A veces me responde.

Cuando platicamos ampliamente es con música. Le fascina Claro de luna, de Debussy; la de Beethoven la arrulla en el mismo mundo onírico al que la trasladan los Nocturnos de Chopin. ¡Ah!, pero Suspicious minds de Elvis Presley parece ser su favorita, ella danza entre sonidos, figuras y colores en movimiento.

Siempre imagino cómo será su sonrisa. Me basta pronunciar su nombre para verla y sentirla como una caricia, un murmullo apacible como el sirimiri, esas microscópicas gotas de lluvia que parecen flotar en vez de caer.

Muy pronto los sonidos de esta habitación cambiarán, más bien: aumentarán. Conoceremos la sonrisa de Zazil y enero será un resplandor, en toda la casa sonará su nombre, Zazil, Zazil, Zazil, como una brisa marina, Zazil, como el primer destello del amanecer.



A las nueve en punto

El cine de Fernando Solanas

Salvador Velazco

Fernando "Pino" Solanas falleció el pasado 6 de noviembre a la edad de 84 años en la ciudad de París, donde fungía como embajador de Argentina ante la Unesco, víctima de la malhadada pandemia que hemos estado enfrentando este año. Solanas fue un gran apasionado de la música, el teatro, la literatura y el arte, pero sobre todo del séptimo arte, al que le dedicó muchos años de su vida produciendo cine documental y cine de ficción. A lo largo del tiempo, he seleccionado varios de sus filmes para la clase de cine latinoamericano que imparto en Claremont Mckenna College, porque lo considero un referente en el cine político que se distingue por su experimentación formal. Por razones de espacio, sólo comentaré en términos muy generales algunas de sus producciones, que tienen el común denominador de ser parte de un proyecto de liberación política, social y cultural.

Fernando Solanas, junto con Octavio Getino, realiza en 1968 uno de los documentales más importantes e influyentes del siglo XX, *La hora de los hornos: Notas y testimonios sobre el neocolonialismo, la violencia y la liberación*, de más de 4 horas de duración. En la primera de sus tres partes, la más conocida, "Neocolonialismo y violencia", se analiza la historia argentina y latinoamericana y su dependencia económica, política y cultural de la región, y se propone una lucha contra el imperialismo norteamericano y las oligarquías nacionales. Se proclama a América Latina como un continente en guerra y se postula la vía armada como la única solución para ganar esa guerra.

Lo esencial en *La hora de los hornos* es la articulación clara entre un discurso revolucionario y una estética artística de vanguardia. Si bien el primero se inserta en el contexto específico de la Guerra Fría y las dictaduras militares, el modo de representación -un *collage* de elementos heterogéneos: noticieros, anuncios publicitarios, insertos de otros filmes, fotografías, dibujos, intertítulos, pantallas en negro y el uso de la música como contrapunto para generar un impacto emocional- es experimental e innovativo. El proceso de producción, distribución y exhibición del documental se lleva a cabo de forma clandestina para evadir la represión gubernamental. Así, se convierte en uno de los filmes emblemáticos del movimiento del Nuevo Cine Latinoamericano, que consideraba al cine como un arma que podría disparar fotogramas con el propósito de coadyuvar a la liberación del continente.

En 1976, los militares dieron un nuevo golpe en Argentina y Fernando Solanas tuvo que irse al exilio a Francia para salvar su vida, pues el régimen castrense impuso un terrorismo de Estado que, como sabemos, ocasionó alrededor de 30 mil desapariciones. De su experiencia como exiliado nacerá otro de sus grandes filmes, *Tangos: el exilio de Gardel* (1985). Cuando se restauró la democracia en 1983, Solanas regresó a Argentina para producir esta película de ficción. La cinta ofrece un retrato coral de un grupo de argentinos exiliados en París, enfrentados a la soledad, el desarraigo, la nostalgia y las tribulaciones que conlleva el estar fuera de su país. Algunos de ellos se dedican a crear una "tanguedia", una suerte de musical que combina tangos y danza, que mezcla realidad y fantasía, que produce un espacio alucinante en donde París se destaca como escenografía natural: el río Sena, sus puentes, sus edificios antiguos y calles sinuosas.

Más allá de una película realista y convencional, y permaneciendo fiel a su espíritu innovador, Solanas nos entrega una obra que conjunta música, teatro y danza. En ese *performance* se dan cita los grandes del tango clásico como Carlos Gardel y Enrique Santos Discépolo, al igual que las interpretaciones más modernas de Astor Piazzola y José Luis Castañeira de Dios. El sentido de pérdida y las rupturas afectivas ocasionadas por el exilio se metaforizan en las maravillosas coreografías, así como el deseo de resistir y seguir en la lucha política.

Después de *Tangos: el exilio de Gardel* vendrá una película en donde Solanas contará historias de los que se quedaron viviendo en Argentina durante la dictadura militar (1976-1983). Me refiero a *Sur* (1988), cuya trama gira en torno a Floreal Echegoyen (Miguel Ángel Solá), un prisionero político que, después de pasar varios años en una cárcel del sur de Argentina, regresa a Buenos Aires, a su casa, con su mujer Rosi (Susú Pecararo). Sin embargo, ese retorno se va a convertir en una larga noche que es asimismo una metáfora de la dictadura.

En una suerte de realismo mágico cinematográfico, Floreal se va a ir encontrando con viejos amigos ahora convertidos en fantasmas, quienes le cuentan los horrores vividos bajo el régimen castrense. Así, el barrio de Barracas, al sur de Buenos Aires, se transforma en una zona espectral donde se multiplican los espejos y las sombras, las neblinas y humaredas, las ventanas y pasillos por donde Floreal se asoma al pasado inmediato. Si bien en *Sur* no tendremos las elaboradas coreografías del filme anterior de Solanas, el tango vanguardista de Astor Piazzola servirá para reconstruir la memoria traumática de los años de la dictadura.

La implementación del neoliberalismo en Argentina en la década de los noventa, bajo la presidencia de Carlos Saúl Menem, trajo como consecuencia un fundamentalismo de mercado y la consiguiente privatización y mercantilización de los recursos del Estado, así como una influencia cada vez mayor de las corporaciones transnacionales. Las dos siguientes películas de ficción de Fernando Solanas, *El viaje* (1992) y *La nube* (1988), ofrecen una mirada satírica a este gobierno neoliberal. En la primera, el corrupto presidente "Rana" (una clara alusión a Menem) gobierna un país azotado por una gran inundación como si fuera una Venecia paupérrima en donde es evidente la degradación ambiental, la pobreza y el hambre; en la segunda, un grupo de actores en Buenos Aires emprende una heroica lucha para evitar que su teatro sea vendido, lo cual es una metáfora precisamente de todo un país que se ha puesto a la venta al mejor postor. Estos dos trabajos cierran la etapa del cine ficcional del cineasta.

En los años siguientes, Solanas regresará a sus orígenes, al documental, para dejar un testimonio de la crisis del Estado neoliberal argentino y la revuelta popular de principios del siglo XXI. Así surgen *La memoria del saqueo* (2004), *La dignidad de los nadies* (2005) y *Argentina latente* (2007). A cuarenta años de *La hora de los hornos*, Solanas vendrá a cerrar un ciclo con *La próxima estación* (2008), un documental sobre la privatización del servicio de trenes y las consecuencias que tuvo en la vida de decenas de miles de sus trabajadores.

Se ha ido un grande del cine latinoamericano.

Fotograma de *Sur*.

Más allá de una película realista y convencional, y permaneciendo fiel a su espíritu innovador, Solanas nos entrega una obra que conjunta música, teatro y danza. En ese performance se dan cita los grandes del tango clásico como Carlos Gardel y Enrique Santos Discépolo, al igual que las interpretaciones más modernas de Astor Piazzola y José Luis Castañeira de Dios. El sentido de pérdida y las rupturas afectivas ocasionadas por el exilio se metaforizan en las maravillosas coreografías, así como el deseo de resistir y seguir en la lucha política.

Fotograma de *Tangos, el exilio de Gardel*.

A 500 años de la llegada de los españoles a México (1519-1521)

XXXI

El rostro de Cuauhtémoc es como el rostro del dios

Ramón Moreno Rodríguez*

Cuauhtémoc era hijo de una princesa tlatelolca, y tras la muerte de Cuitláhuac fue electo como nuevo emperador de México, hacia diciembre de 1520. ¿Por qué el colegio elector se inclinó por él? Porque, como el difunto Cuitláhuac, pertenecía a la parcialidad de los que se negaban a una solución conciliadora, como la había asumido Moctezuma y otros tantos.

Su madre, como ya dijimos, era tlatelolca y se llamaba Tiacapan. Su padre era mexicano (es decir, tenochca), se llamaba Ahuízotl y era tío del difunto Cuitláhuac. Al parecer, había nacido en Ixcateopan (actual sierra de Guerrero) y había pasado allá su infancia, pero poco antes de la llegada de los españoles ya estaba asentado en la ciudad gemela a la de México, en la casa de su madre, en Tlatelolco, pues. Bernal hace así un breve retrato del joven emperador: "mas como el Guatemuz era mancebo e muy gentil hombre para ser indio y de buena disposición y rostro alegre, y aun la color algo más que tiraba a blanco que a matiz de indias, que era de obra de veinte y cinco o veinte y seis años, y era casado con una muy hermosa mujer, hija del gran Montezuma, su tío".

Aunque el castellano deje traslucir su racismo contra los indios, algo nos deja ver de cómo pudo ser el aspecto del nuevo monarca. En cuanto al matrimonio, otras fuentes refieren que fueron dos sus esposas y ambas hijas de Moctezuma de diferentes esposas. Ser férreo enemigo de los españoles, está muy bien documentado, incluso, algunas fuentes le atribuyen a él ser quien lanzó la piedra que vapuleó al monarca cuando arengaba al pueblo para que detuviera ya el ataque a los extranjeros.

Las dos parcialidades que conformaban México (Tlatelolco y Tenochtitlán) fueron motivo de disputa en esta ocasión, y en muchas otras veces antes de este momento. En este caso las fuentes indígenas dejan entrever la rivalidad existente, pues acusan a los tenochcas de la culpabilidad por la derrota ulterior ante los extranjeros y los tlaxcaltecas. Dicen dichas fuentes que los mexicas eran asustadizos y mujeriles; acusan a esta parcialidad de cobardes y renuentes a sostener la lucha hasta el último momento. Y quizá en parte tengan razón, pues de las dos zonas de la ciudad, Tlatelolco fue la última en rendirse.

A falta de datos concretos, debemos suponer que Cuauhtémoc debió estudiar en los colegios para nobles, los llamados calmécac, y que en éstos aprendió las penitencias hechas en honor a los dioses. A sangrarse las espinillas cortándose la piel con las navajas de pedernal o atravesarse la lengua con espinas de maguey y hacer pasar por el horadamiento hilos de henequén. Debió salir en la madrugada a bañarse en agua fría para espantarse el sueño de las velas que tenían que hacer o sufrir los chascarrillos y burlas si se quedaba dormido mientras hacían vigilias para las deidades.

En estos lugares debió aprender de memoria los discursos de los mitos fundacionales, en que se dice cómo allá en Teotihuacán los dioses se reunieron alrededor del fuego para fundar un nuevo sol, el sol de movimiento, el que le dio origen al linaje humano. También debió aprender las viejas palabras, el huehuetlatoli, en que se enseña moral y costumbres piadosas para con los padres o los ancianos.

Coanacoch, nuevo rey de Texcoco, debió intervenir en la elección como figura destacadísima en el encumbramiento del joven. Y la razón de por qué votaría a favor de éste no debió ser otra que la evidente hostilidad que el joven sentía contra los extranjeros, ni un ápice de duda había en que en algún momento pudiera el nuevo monarca de México torcer el rumbo de su destino, como en efecto no lo hizo.

La ceremonia de entronización debió llevarse a cabo en la plaza del templo mayor y con sobrios y recogidos gestos debió exhortársele a perseverar en el nuevo mando; a servir y sacrificarse por la patria, pues duros y aciagos días pronto se dejarían venir en contra de él, como en efecto así sucedió. Él debió aceptar con resignación y paciencia tales exordios y debió caminar en dirección a las escalinatas del templo mayor con decidido gesto trágico. Es decir, con los pasos de aquel hombre que sabe que va a autoinmolarse y aunque teme el destino que le espera, no retrocede ante él, sino que se entrega con plena conciencia y convicción.

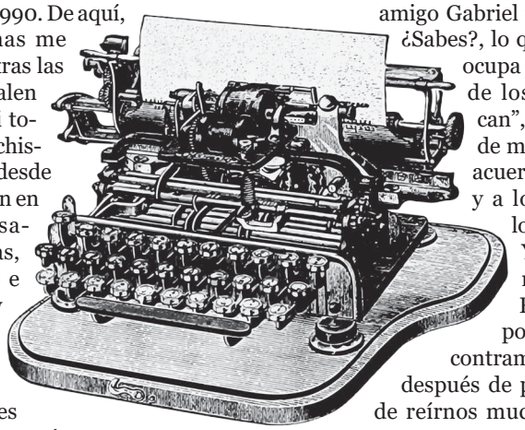
Quizá también escuchó voces de apoyo; elogios que lo exhortaban a no ser débil en los momentos culminantes de la tragedia que estaba a punto de representar. Quizá escuchó el mismo discurso que Nezahualpilli, señor de Texcoco, pronunció en la entronización de Moctezuma. Debió escuchar palabras como: En cuanto al oficio, sois como dios. Aunque sois nuestro prójimo y amigo, hijo y hermano, no somos iguales ni os consideramos como a hombre… El dios dentro de vos habla, y vuestra boca es suya, y vuestra lengua es su lengua y vuestro rostro es el suyo y vuestras orejas escuchan por las de Él.

*Doctor en literatura española. Imparte clases en la carrera de Letras Hispánicas en la UdeG, Cusur.

ramonmr.mx@gmail.com

DE LEJOS Y A MI ALREDEDOR

Carlos *Caco* Ceballos Silva



Invierno de 1990. De aquí, de allá. Unas me las dicen, otras las leo y otras salen por ahí, pero casi todas son realistas, chistosas y veraces, y desde luego, se concretan en epigramas, pensamientos, máximas, dichos, versitos e historietas, y hay van algunos. "Para ser buen político, deben aprenderse las tres reglas: amar sin apasionarse, tomar sin emborracharse y ahorrar sin descreditarse". En *Excélsior* apareció el siguiente epigrama: "Un gato se presta al juego/ pero una gata de ahora/ le dice: sosiéguese o le aviso a la señora". Y mi yerno de oro me endilgó: "Es muy bueno este consejo/ y sin querer meter la pata/ yo... como ya estoy viejo/ prefiero mejor a mi gata". Y otro dice: "Pepito niño genial/ propone la buena idea/ de una educación sexual/ en la que dejen tarea".

Matías Vázquez Vázquez me mandó dos "dichos": El demonio son los hombres/ dicen todas las mujeres/ y en secreto están deseando/ que el demonio se las lleve. Y el otro dice: "Las muchachas son de oro/ las casadas son de plata/ las viudas sólo de cobre y las viejitas de hojalata". El Lic. Agustín Acosta Lagunes, cuando era gobernador de Veracruz, me leyó estas tres verdades: "Siempre a los de arriba dales el sí y tendrás éxito en el PRI". El otro: "Solamente hay dos clases de hombres, los que cumplen su palabra y los que sólo cumplen años". Y el tercero dice: "En la política los amigos son de mentiras y los enemigos de verdad". Cuando lo de Socorro, supe que a los tramposos y fulleros se les llama "mapaches del PRI". Fíjense bien: que los aplausos después de un discurso no siempre son de aprobación, la mayoría son de gusto porque ya se acabó. Aseguran que la viejita de la contraloría estatal cada día está más cieguita, sordita y mudita. Dios debe sentirse ofendido que los hombre digan que "fueron hechos a su imagen y semejanza". "A los hombres miedosos, hoy se les llama precavidos y a los ladrones de ayer hoy se les dice cleptómanos".

Me platican que en una ocasión se le perdió la libretita de los "encargos" al buen amigo Jorge Michel, y comentándolo con su amigo Gabriel Ochoa, le decía: ¿Sabes?, lo que más me preocupa son los nombres de los que me "chocan", y sin los apuntes de mi libretita no me acuerdo de momento y a lo mejor les doy los "buenos días". Y algo parecido me dijo Toño Rullan cuando por 1987 nos lo encontramos en Veracruz, después de platicar un rato, de reírnos mucho y de tomarnos unos tragos, al despedirnos le pregunté: ¿Y qué me encargas para Colima, a quién te saludo? Bueno, me saludas solamente a los que se expresen bien de mí, y a los que no, que se vayan mucho a la chingada.

Vicente Portillo, un día me sorprendió avisándome que había hecho su testamento nombrándome tutor de su hijo Federico. Sorprendido le pregunté que por qué a mí, teniendo a sus hermanos. Pues precisamente por eso, y me dio sus razones, "mientras que a ti te considero incapaz de tomarle un billete de mil pesos, aunque sí le escamotearías diez de a cien". Entre las recomendaciones o máximas de mi abuelito Andrés, recuerdo éstas: "Nunca llegues a tu casa con las manos vacías, llega aunque sea con una piedra en cada mano". Otro decía: "Cuando te cases, en tu casa ni curas, compadres ni muy amigos". Y el último: "Sonríe, regala, ayuda y estarás satisfecho todo el día".

Creo que fue por allá, a principios de la década de los ochenta, cuando MAP y mi prima, su Amparo del alma, se prepararon e iniciaron un viaje al viejo mundo. Su negocio floreciente tenía varias empleadas, todas jovencitas y en plan de merecer, a una de ellas se le notaba la curva no programada. Como vecinos, unos días antes de partir, MAP pasó a despedirse comentándome: ¡Hay te encargo! Nando se quedará al frente del negocio, ya le recomendé que cuidara mucho de las muchachas. Pasaron varias semanas y cuando regresaron MAP se sorprendió mucho, pues Nando, el buen pastor, no había cuidado bien las ovejas, algunas de ellas posiblemente por descuidadas mostraban los signos inconfundibles del paso del lobo feroz por su negocio publicitario.

** Empresario, historiador y narrador. †*

Mi problema con las clases de literatura

Parte 1 (de las que hagan falta)

Brandon Enciso Alcaraz

No vengo aquí a descubrir hilos negros, señalar culpables o decir que yo estoy bien y todos los demás caen en el error. El contenido de este texto, el que le sigue y quizás el que le siga también, será basado en mis experiencias personales tanto en las aulas como con amigos y familiares.

Hay un problema entonces con las clases de literatura, y ese problema es que están mal enfocadas, en muchos casos impartidas por gente sin conocimiento en la materia, ambos, como se podrá imaginar, problemas serios.

El primero de ello es que las clases de literatura son más bien de historia de la literatura, donde se enseña a los jóvenes sobre autores y obras famosas sin contexto ni razón alguna; de pronto, muchachos de 14, 15, 16 años deben leer novelas barrocas, cuyo lenguaje es de ponerle mucha atención, aun para quienes estudiamos las letras, ni se diga para el muchacho o muchacha que lo más largo que lee es un hilo de Twitter y que, en siete de cada 10 casos (lo vi como alumno, lo vi como maestro) buscarán copiar de alguna fuente en línea o de su amigo el "aplicado", puesto que la lectura les será inaccesible.

Sí, yo sé que habrá quien me argumente que en secundaria se leyó *El llano en llamas* y le entendió todo; a ese alguien, le felicito y lo respeto, porque yo lo intenté en aquella edad y no pude. Sin embargo, lamento informarle que es usted la excepción, no la norma, y que en la educación en las aulas se debe buscar enseñar a todos.

Así pues, este ejercicio de colocar obras complejas sólo por el gastado argumento de "son clásicos", es el equivalente a que a esos mismos muchachos, muy apenas cruzando la puerta, se les metieran temas en biología que ve alguien que va a mitad de la carrera de medicina porque "son importantes". Lejos de atraerlos, los repelería, y esto hace que, tristemente, muchas clases de literatura sean sesiones extensivas de fastidio que enseñan una cosa: leer es aburrido; lección que para muchos permea, por desgracia, toda una vida.

Otro gran problema con esta dinámica es que, por más que se le pongan al alumno las mejores lecturas, de los mejores autores, de las mejores épocas, éste jamás va a conectar con ellas si las historias le son ajenas, de tiempos que no comprende, de un lenguaje que no habla, y con problemas que desconoce. Ojo, que sí, que los clásicos deben leerse, pero a su tiempo, porque querer llegar e imponer *El Quijote* con el argumento que sea, es absurdo.

Debemos, además, contextualizar algo: los niveles de lectura en nuestro país son bajísimos y los jóvenes, en esta era de la inmediatez, no tienen tiempo de sentarse a leer una novela o un pesado ensayo; entonces ¿con qué empezar? La respuesta: cuentos, ¿el argumento?, se los diré la próxima semana; primero, por espacio; segundo, porque me gusta el suspenso...

DIRECTOR GENERAL: ARMANDO MARTÍNEZ DE LA ROSA COORDINADOR: JULIO CÉSAR ZAMORA

Imágenes: Fotos de Archivo. Correo: diarioagora@hotmail.com